

otros podemos ser eliminados, so pena de empequeñecerlos o debilitarnos, como ya lo he dicho en ocasión parecida a la presente. Por eso hablar de América ante las naciones creadoras de nuestra cultura, es hablar de algo que a ellas, lo mismo que los países americanos, interesa.

Ayer todavía los pueblos latino-americanos éramos una esperanza quizás y apenas un presentimiento. Ramas fuertes de dos árboles gigantes, ingertados en el tronco primitivo de las razas aborígenes, representábamos una potencialidad indiscutible que se incubaba, sorda y silenciosamente, un poco a hurto de las fuerzas directoras del mundo. Hoy somos una actualidad palpitante y una afirmación concreta. Ayer, los pueblos poseedores de las culturas milenarias podían eliminarnos del tablero de ajedrez de sus complicadas combinaciones políticas y de la bizantina urdimbre de su refinada diplomacia. Hoy, necesitan contar con nosotros a riesgo de que, si nos dejan pasar inadvertidos, dejen también inadvertido su futuro grave, como es grave su presente, como es amenazante la situación del mundo a raíz de la gran catástrofe en la cual no fuimos protagonistas, pero cuya acción de cataclismo nos invistió de pronto con derechos de pueblos adultos.

Esta mayoría de edad, conquistada súbitamente, no es motivo de júbilo sin restricciones, porque su prerrogativa trae aparejados tremendos compromisos de índole moral y pesados deberes ineludibles. Somos hoy como esos adolescentes a quienes la repentina dolencia del progenitor obliga a apuntalar el hogar que se desploma y que han de abandonar la disipación y la frivolidad para recapacitar en los problemas angustiosos de la vida. Nosotros mantendremos nuestro brío primaveral y nuestro optimismo de pueblos jóvenes; pero les asociaremos la gravedad y la cordura. Con la sonrisa del que siente la alegría de vivir, tendremos en el entrecejo la arruga precoz de la madurez reflexiva.

Somos pueblos que vamos al mismo fin, aunque por distintas sendas. En ocasiones parece que la marcha es divergente y que nos apartamos en vez de unirnos. No hay tal. Al cabo del recodo imprevisto o de la desviación voluntaria, tornamos a recorrer la misma ruta y a contemplar la misma estrella. Y es que sobre la individualidad psicológica está nuestro aire de familia; y sobre la diversidad de matices, nuestra semejanza común. Conservando la fisonomía propia de pueblos que merecen el nombre de tales, no hay en nuestras nacionalidades afines elementos que se combatan, y es inconcuso que física, moral y económicamente nos completamos. Nuestra

REPERTORIO AMERICANO

SEMENARIO de cultura hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCIA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

La entrega.....	€ 0.50
El tomo (24 entregas).....	12.00
El tomo (para el exterior)...	\$ 3.50 oroam.
La página mensual de avisos (4 inserciones).....	20.00 >>

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

homogeneidad no la perturba la mezcla de sangre aborígen, antes le añade características y modalidades fecundas que darán con el andar de los siglos, marcas diferenciales a la cultura que un día hemos de crear, mantener y propagar en el mundo. Ya no pensamos en el principio pseudocientífico de la inferioridad de las razas mestizas. Aparte que no existen razas puras, la mezcla es renovadora y fortificante. Nuestro problema, sobre todo el de los pueblos poseedores de una gran proporción de sangre americana, está en educar a nuestros hermanos nativos para que sus excelencias raciales se sumen a las europeas y las modalicen vigorizándolas.

¿Por qué, cuando se habla de confraternidad latino americana ha de sufrir la idea nacionalista, digo el nacionalismo bien entendido, no el de preocupaciones estrechas tan condenable como el egoísmo individual? Las fronteras geográficas, la diversidad de organización y la diferencia de instituciones políticas no estorban la comunidad espiritual de los pueblos cuando sobre ellos ha extendido la mano la justicia. Todavía más, esas agrupaciones de índole étnica en que razas hermanas se unen para desempeñar una alta misión sobre la tierra, no son sino un esfuerzo hacia otra idea más alta, no por lejana imposible, que ha de cristalizar tarde o temprano en el reinado del amor universal.

Siempre que se trata de la fraternidad latino-americana, es de rigor hablar de un sentimentalismo que no se traduce en obras. Es verdad, nada hemos hecho, o muy poco, por lograr una acción común, una empresa colectiva que nos agrupe en forma dinámica. Nuestro estatismo tiene aspecto de esterilidad, ya que, de acuerdo con un pensador de España, los pueblos no conviven por estar juntos, sino por hacer algo juntos. Pero además de que una empresa así no se improvisa, pen-

sar con insistencia en ella es ya un principio con demasiada intensidad para que corra peligro de ser olvidado. Es algo comenzar a conocernos y a interesarnos por las cosas de América; algo es también el procurar interpretaciones justas de lo nuestro que otros miran con desdén o censuran sin conocimiento.

Me creo en esta ocasión con derecho para hablar de torcidas interpretaciones, ya que represento en la Argentina a un país que ha sido víctima de las más calumniosas especies, no sólo de quienes pueden tener interés en propalarlas, sino de aquellos cuya obligación moral era de sentrañar de los sucesos de México la verdad pura y el sentido profundo. Porque un alto y hondo sentido han tenido nuestras turbulencias, y en los horrores de una lucha que duró diez años, nada, ni lo que causó mayor escándalo, dejó de tener nunca la orientación moral, social y política que exigían implacablemente los problemas mexicanos. Ningún movimiento armado ha habido en mi patria que no haya surgido de un ímpetu de justicia o de un anhelo de redención. No siempre es dable a los pueblos mantenerse en términos de moderación, ni retardar o eliminar un problema ha sido nunca resolverlo. Por esta razón, los que juzgan duramente a mi patria sin entrar en las causas de sus sacudimientos, sabrán un día que lo que México ha logrado con sus convulsiones, lo que ha conseguido con sus luchas ese país «espléndido y trágico», para tomar las palabras de un escritor belga, tiene mayor alcance del que a primera vista pudiera sospecharse, y que mucho de lo realizado en aquel amplio y doloroso campo de experimentación, será fecundo más allá de sus fronteras. Sólo a sabiendas de cómo el problema urge, puede justipreciarse el rigor del procedimiento. Cuando menos, pidamos que no haya dos pesas y dos medidas: una para las luchas de los viejos continentes, y otra para las agitaciones americanas.

Repito que empezamos a conocernos. Los pueblos que somos hijos de España no la admiramos únicamente en su pasado esplendoroso, sino en su renovación que se inicia y que ha de forjarse muy en breve a pesar de las crisis aparentemente dissociadoras que surgen en su seno. Ella también nos mira con el interés de siempre, ya que, como una confirmación de lo dicho antes sobre fronteras políticas y sobre nexos espirituales, España no ha salido nunca de nuestros corazones, ni hemos dejado de ser para ella los hijos de su espíritu y de su sangre. Nuestra civilización cosmopolita ha acrecentado nuestro patrimonio; pero la herencia materna no ha sido enajenada